



ELEGÍA

Á LA MEMORIA

DEL INMORTAL CASTAÑOS,

VENCEDOR EN BAILEN.

Vive en los aires la voz del cantor,
 Lastimero retumba en las regiones
 Incesante el canto; y así que el viento
 La yerta soledad de los palacios,
 El sacrosanto coro con que alterna
 Honco atabal y plañidera trompa
 Ecos sea de dolor, sublime guerra
 Espléndido holocausto que á la eterna
 Ciudad lleva dulcísima consagra

LA BIBLIOTECA NACIONAL

83/14132

ELEGIA

J. LA. MENDOZA

DEL INMORTAL CASTAÑO, SOÑATSA

VENCEDOR EN BALEM.

IMPRENTA NACIONAL.

VIBRA en los aires funeral tañido,
Lastimero retumba en los espacios
Incesante el cañon; y ese quejido,
La yerta soledad de los palacios,
El sacrosanto coro con que alterna
Ronco atabal y plañidera trompa,
Ecos son de dolor; sublime pompa,
Espléndido holocausto que á la eterna
Quietud REINA dulcísima consagra
De aquel varon magnánimo que hizo

Melius est modicum justo, super
divitias peccatorum multas.

PSALM. 35, v. 16.

Beatus vir cuius est nomen Do-
mini, spes ejus: et non respexit
in vanitates et insanias falsas.

PSALM. 49, v. 5.

Doblegar ante sí frentes marciales,
Y hoy contemplo en el túmulo al pajizo
Resplandor de los cirios sepulcrales.

Salid, humildes lágrimas, la mano
Que compartió entre el mísero el sustento
Sobre el mármol cayó: estruendo vano,
Leve la magestad de este ornamento
Si á la honesta virtud rinde tributo
Silenciosa una lágrima del triste,
Mas amable al Señor que el régio luto
Con que excelsa pirámide se viste.

Los trofeos, las dádivas que honoran
Nuestro ardiente existir, tan altas moran
Que las mide con júbilo la muerte;
Mas la audaz ambicion que las escala
Colma su afan, ó el hado las convierte
En mundanas esclavas de la suerte
Que tambien los sepulcros desiguala.

Tended, tendad la vista á donde gime
El huerfanillo mísero al ejemplo
De su anciana infeliz: allí do imprime
Honda huella el pesar, allí está el ara,
Allí la gratitud erige el templo
Donde cercado de esplendor sublime
¡Oh ínclito CASTAÑOS! te contemplo.

Mas no; pilar espléndido mi augusta
REINA levante en tu loor; oh emblema
De aquella insigne edad que de la injusta
Fiereza y ultrajante alevosía
Con sangre rescató, gloria suprema,

Para ceñirla un día
A su cándida sien, rica diadema!

Truene, truene el cañon, arda el incienso,
Y el vigor de los cánticos pregone
A la faz del ALTÍSIMO el inmenso
Amor de gratitud, y allá en la estancia
Feliz, si el alma bóveda transpone,
Acoja tu piedad nuestra alabanza.

¡Oh cuánto desconsuelo
Habrá el noble guerrero encanecido
Contigo en la árdua lid, cuando al osario
Como amante lebrel venga afligido,
Y al descorrer el cándido sudario
grave en su corazon que te ha perdido!

Ya nunca al nietezuelo,
Al amor de la lumbre cual solía
Cuando el crudo aquilon desparce el hielo,
Placentero las honras de aquel día
Supremo contará: final consuelo
Que en su apenado espíritu vivía.

Ya nunca engañadoras
Ilusiones traerá marcial sonido
Que hace estrechar las diestras vencedoras
Llevando al corazon mútuo latido.

Ya enmudeció su acento á la amargura
De tanta soledad; mas tu grandeza
No yacerá en oscura
Silenciosa tibiez: rompa la fama
Cantando el pueblo ibero
Que con sollozos lúgubres te llama
Y afligido te da vale postrero,

El heróico recuerdo que le inflama.
Cante como sonó en el ancho mundo
La voz de aquel Titan, dios de la guerra.

Sonó; y el furibundo
Rayo pasmó las zonas de la tierra,
Y enrojeció las aguas del profundo.
Mas el Dios de los justos que encadena
La soberbia del cóncavo y derrite
Las fraguras altísimas, transpuso
Las celestiales bóvedas, y al ciego
Ardor de la arrogancia,
La fé y perseverancia
De sus siervos magnánimos opuso.
Cayó sobre el caudillo
Aliento de Jehová, y el cervatillo
Frente fué de leon, que dió al espanto
Y al oprobio y rüina orgullo tanto.

Venturoso el varon que tu eligieres,
Señor de las alturas:
Como lino quemado
Quebrantarás las férreas ligaduras,
Señor Dios de Isräel; que Santo eres,
Y Santo será el hombre
Que en la grandeza viva de tu nombre.

Asciende ¡oh bien-amado,
Semilla de Jacob! Roto ya el hilo
Que otorgó á tu piedad pródigo el hado,
Allá te aguarda el perdurable asilo
De quien á honra de Dios ha batallado.
Asciende, héroe feliz, y en los umbrales

De la superna bóveda divina
Enlázate á las sombras inmortales
De Alvarez y Gravina.

El luciente blason de vuestra gloria,
Sublimando el espíritu, es la llama
De la altiveza antigua
Que el himno de los mártires inflama,
Que el ócio de la paz nunca amortigua.

Venga el bárbaro filo
De la guerra crüel: venga inhumano
Con mortíferos golpes oprimiendo
La inerme ancianidad: sobre el estruendo
Del chispëante carro de Belona,
Entre llanto y horrores, combatiendo
Contra naciones mil, de zona en zona
Resonará el clarin de las hazañas
Al rugir el leon de las Españas.

Madrid 26 de Setiembre de 1852.

Emilia Olloqui.

